

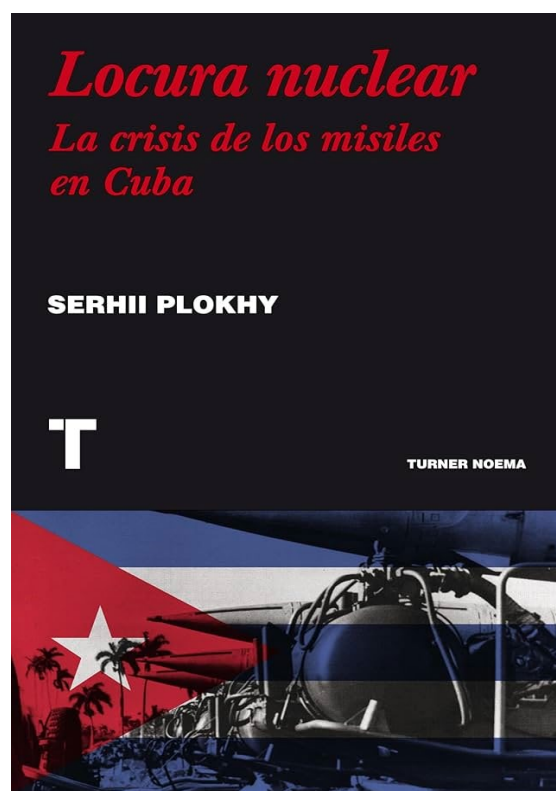
Serhii PLOKHY: «*Locura nuclear*». *La crisis de los misiles en Cuba*,
 Madrid, Turner Publicaciones, 2022, 448 pp.,
 ISBN: 978-84-18895-61-6.

Miguel C. Padrón Alemán
Universidad de Zaragoza

Cuba como epicentro de la confrontación nuclear.

El 8 de enero de 1959 una caravana triunfal entró en la ciudad de La Habana con el objetivo de forjar una “revolución tan cubana como las palmas”. Sin embargo, las tempranas aspiraciones de los “barbudos” chocaron súbitamente con las lógicas de un mundo bipolar, en el que dos superpotencias pugnaban por la hegemonía global intentando derribar por nocaut a su contendiente ideológico. La ilusión inicial por un proceso político en sintonía con los valores universales enarbolados por el propio José Martí derivó en preocupación, atendiendo a la postura cada vez más beligerante de los estadounidenses y al paulatino acercamiento al bloque soviético. Esto finalmente se materializó con la asunción de la “naturaleza socialista” de la Revolución el 16 de abril de 1961 (“en las propias narices de los Estados Unidos”, como declaró Fidel Castro), tras el bombardeo de diversos aeródromos cubanos y la fallida invasión de Playa Girón (Bahía de Cochinos).

Este trasfondo contextual es el que da forma al desarrollo del libro de Serhii Ploky, historiador ucraniano-estadounidense que dirige el *Ukrainian Research Institute*, dependiente de la Universidad de Harvard. Autor de obras como *El último imperio: Los días finales de la Unión Soviética* (2014), *Las puertas de Europa: Pasado y presente de Ucrania* (2022) o *La guerra ruso-ucraniana: El retorno de la historia* (2023), compagina una consistente obra intelectual con un profundo interés por la historia de las relaciones internacionales y las dinámicas geopolíticas del mundo actual.



En *Locura Nuclear. La crisis de los misiles en Cuba* (2022), Plokhy plantea un análisis diacrónico estructurado en 7 partes, que desentrañan las idas y venidas de uno de los acontecimientos más representativos de la Guerra Fría. Hemos de reseñar el valor de la obra, puesto que, a pesar de la existencia de al menos una decena de producciones sobre dichos acontecimientos, alguna de ellas de reciente publicación,¹ estas se han caracterizado por seguir el canon narrativo establecido por Robert F. Kennedy, hermano y consejero del presidente John Fitzgerald Kennedy durante la crisis, en su obra *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis* (1969). Debido a ello, la historiografía occidental ha tendido a ignorar, por ejemplo, la perspectiva cubana y sus publicaciones, fruto de su relativo aislamiento académico y su interpretación marcadamente oficialista.² En contraposición a esta dinámica, el autor nos ofrece una visión amplia de lo acontecido, sin aparentes fanatismos ideológicos y con una narración precisa y envolvente que convierte al libro en una publicación altamente recomendable también para advenedizos en la materia histórica.

Serhii Plokhy comienza realizando un sucinto periplo por cómo se forjó el marco de relaciones entre los Estados Unidos de América y Cuba, una realidad que suele ser obviada en otros análisis, que preponderan lo acontecido en la corta duración sin atender a la conflictividad surgida tras al nacimiento de una república en el Caribe tutelada por el “vecino del norte”. Esta custodia se materializó en la Enmienda Platt, recogida en la Constitución de 1902, y en la presión política y económica ejercida por los Estados Unidos durante décadas, que tras la Segunda Guerra Mundial pretendieron evitar a toda costa la expansión del comunismo en las latinoamericanas *sister republics*.³ Sin comprender cómo se forjó la visión estadounidense sobre Cuba desde mediados del siglo XIX es imposible concebir el sustrato paternalista que afloró en los primeros compases de la Revolución cubana, una concepción ideológica fundamentada en la “Doctrina Monroe” y el “Destino Manifiesto” de la nación fundada el 4 de julio de 1776.

También cabe señalar que, ya desde el primer bloque del libro, podemos observar cómo el marco de relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos estuvo caracterizado no solo por el antagonismo sistémico de los países involucrados, sino también por el de sus propias figuras dirigentes: un joven y cauteloso John F. Kennedy frente a un envejecido pero astuto Nikita Jruschov. Esta oposición se hizo patente en su primer encuentro en junio de 1961 en Viena, donde el descalabro estadounidense en Bahía de Cochinos y la escalada de tensiones en Berlín marcaron el compás de la reunión, lo que culminaría en la construcción del muro en la frontera interalemana ese mismo verano.

¹ Max HASTINGS: *La crisis de los misiles de Cuba 1962*, Barcelona, Crítica, 2023.

² Véase Tomás DíEZ: *Octubre de 1962: a un paso del Holocausto. Una mirada cubana a la crisis de los misiles*, La Habana, Editora Política, 2002; Elier RAMÍREZ: *La batalla diplomática y política en torno a la Crisis de Octubre*, La Habana, Editorial Ocean Sur, 2017, entre otros.

³ “Repúblicas hermanas”.

Tras ello, el autor expone que, más allá de concepciones estereotipadas sobre las relaciones cubano-soviéticas,⁴ la aceptación pública del socialismo por la Revolución cubana supuso no solo un reto para Washington, sino también para Moscú. La Unión Soviética tuvo que enfrentar las diferencias con los planteamientos de Fidel Castro y las pretensiones de Mao Zedong de liderar el comunismo a nivel internacional. Por su parte, Castro aprendió rápidamente que la pervivencia de su ansiada revolución pasaba por la solidaridad soviética, cristalizada en la venta de azúcar en condiciones favorables y, sobre todo, en la importación de petróleo, armamento y misiles para defenderse del “régimen imperialista y capitalista” ubicado a 90 millas de sus costas. Y es que esos aproximadamente 145 kilómetros rebasaron la mera dimensión espacial para convertirse en el eje de la relación triangular.⁵

Seguidamente, Serhii Plokyh revela cómo se fue desarrollando la carrera armamentística en los albores de la crisis, un conflicto casi ajedrecístico donde los movimientos de cada flanco provocaban una reacción inmediata del contendiente. Este proceso se retroalimentaba y, sumado a la escalada del conflicto dialéctico (en ocasiones basado en la mentira y la exageración sobre los propios medios), vaticinaba una casi inevitable conflagración nuclear. La instalación de bases estadounidenses en Turquía prendió la mecha, y durante una visita en Bulgaria, tal y como Nikita Jruschov recogió en sus memorias, decidió el dirigente soviético instalar bases con misiles de cabeza nuclear en la mayor de las Antillas. Así comenzó la llamada “Operación Anadyr”.⁶

Continuando con el desarrollo propuesto por el autor, se desgranán los entresijos de la operación, en la que una sucesión de personajes (Anastás Mikoyán, N. Jruschov, John F. Kennedy, Robert McNamara, etc.) revela su rostro y sus formas de concebir el tablero geopolítico, lo que se evidenció en las diferentes conductas ante un posible conflicto nuclear sin precedentes. Tal y como se puede observar, la historia está profundamente entrelazada con las decisiones humanas, ya que cada evento significativo es el resultado de elecciones individuales y colectivas, desprendiéndola de cualquier cariz teológico. En este apartado, además, debemos resaltar el estilo narrativo de Serhii Plokyh, quien, a pesar de la complejidad inherente de relatar la evolución de los acontecimientos, destacar los protagonismos y explicar las motivaciones detrás de cada

⁴ Véase, por ejemplo, el análisis desmitificador de la política exterior cubana realizado por el investigador Piero Gleijeses. En Piero GLEIJESES: *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001 y Piero GLEIJESES: *Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria, and the Struggle for Southern Africa, 1976-1991*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2013.

⁵ Días antes del comienzo de la crisis, sobre el “Congreso Mundial por el desarme general y la Paz” de Moscú (9-14 de Julio de 1962), publicaba la revista *Cuba*: “(...) fuimos interrumpidos por un joven, muy joven, que se adelantó para solicitarnos transmitir su voluntad de luchar al lado del pueblo de Martí -así lo dijo- en caso de una agresión de los imperialistas ‘enemigos’ cobardes -así lo remarcó- de Cuba, del Paraguay, de América Latina”. En Elvio ROMERO, “La paz, desde Moscú”, *Cuba*, núm. 6, 6 de octubre de 1962, p. 61.

⁶ Tanto el entrenamiento (diseñado para climas fríos) como el nombre de la operación (un río de la zona oriental de Rusia) fueron el resultado de una campaña para confundir a los servicios de inteligencia occidentales.

decisión, logra captar la esencia del momento y ofrece un análisis detallado del devenir de la crisis. Esto no se logra únicamente con el esfuerzo narrativo, sino también con un profundo conocimiento de las producciones historiográficas sobre esta cuestión, lo cual queda patente página tras página.

Finalmente, el envío de los misiles, el material técnico y los efectivos militares se concretó, con decenas de bombarderos Ilyushin Il-28 como estrellas de la corona. Donde antes se levantaban los ingenios azucareros, desde Pinar del Río a la provincia oriental de Guantánamo, ahora se alzaban rampas de misiles, camufladas torpemente entre la maleza y las palmas reales, vegetación característica de la campiña cubana. Las bases fueron definitivamente detectadas por aviones espías estadounidenses, que fotografiaron de forma exhaustiva los complejos militares, unas instantáneas expuestas por Adlai Stevenson en una reunión urgente del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (en adelante ONU). La sorpresa inicial fue la antesala de una cuarentena naval decretada por Kennedy, donde las acusaciones mutuas y el clima de desconfianza pudieron desembocar en una catástrofe global que hubiera marcado un antes y un después en la historia contemporánea.

A pesar de que en la administración estadounidense eran mayoritarias las posturas que defendían un ataque aéreo y una invasión que derrocaria a Castro, Plokhy señala que la escalada de tensiones se fue diluyendo a medida que los agentes implicados tomaron conciencia de la repercusión que un enfrentamiento nuclear tendría para toda la humanidad. En este sentido, no podemos desdeñar el papel de lo ocurrido en dos pequeñas localidades del sur de Japón, que sirvió como toda una lección histórica: Hiroshima y Nagasaki (6 y 9 de agosto de 1945) como la ciceroniana máxima de que “la historia es la maestra de la vida” (*historia magistra vitae est*).

El pacto entre ambas potencias enfureció a Fidel Castro, quien, además de la indignación por no haber participado en la mesa de negociaciones, pensó que la cuestión de los misiles no solo le habría permitido evitar una posible invasión, sino también consumir los llamados “Cinco Puntos de la Dignidad”: cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica de Estados Unidos, suspensión de todas las actividades subversivas, cese de los ataques piratas, retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado, así como la conclusión de las violaciones del espacio aéreo.⁷ La cólera personal del comandante en jefe dio paso a masivas manifestaciones del pueblo cubano, que le recordaron al dirigente soviético,

⁷ Años más tarde, Fidel Castro afirmaría: “Si hubiéramos participado en las negociaciones, lo hubiéramos hecho de forma constructiva. Quizás se hubiera entablado un diálogo, un intercambio de impresiones que hubiera podido evitar muchos de los problemas que nuestros países han enfrentado después”. En Ignacio RAMONET: *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, Barcelona, Penguin Random House, 2016, p. 298.

“Nikita” Jrushchov (entre soflamas que reflejaban la homofobia propia de la época),⁸ que “lo que se da no se quita”. La supervisión del desmantelamiento de los misiles se llevó a cabo bajo la tutela de la ONU y fue confirmada mediante inspecciones aéreas estadounidenses, todo ello ante la negativa cubana de que tal actividad se llevara en el archipiélago “en forma de caimán”.⁹

Lo ocurrido en octubre de 1962, una vehemente propaganda antisoviética desde La Habana y las veleidades de esta de exportar la revolución por América Latina en el marco del “Tricontinentalismo”, enturbiaron las relaciones cubano-soviéticas, que no volvieron a ser fluidas hasta después de la invasión de Checoslovaquia de 1968.¹⁰ Por su parte, los Estados Unidos y la URSS comenzaron un proceso de desescalada de las tensiones que, no obstante, no erradicó la pugna geopolítica, materializada en la reanudación de la carrera armamentística en la década de los 80 bajo el mandato de Ronald Reagan (la “Iniciativa de Defensa Estratégica”). Este fue el marco una relación fluctuante que finalizó con el derrumbe del edificio soviético a principios de los años 90 y que, recientemente, ha vuelto a cobrar enérgico protagonismo en la escena internacional.

Distán 62 años desde los acontecimientos analizados en este libro y quedan pocos vestigios del conflicto ilustrado en sus páginas, como el avión de reconocimiento U-2 derribado por Cuba, cuyos restos se encuentran expuestos al aire libre cerca de la fortaleza habanera de San Carlos de la Cabaña. Sin embargo, a través de su narración, Serhii Plokyh nos muestra que el dominio del pasado sigue siendo esencial para comprender las lógicas del presente, un principio que debe regir cualquier análisis de los senderos que trazamos como sociedades. Muchas de las realidades inauguradas durante este periodo siguen configurando el marco relacional de los Estados Unidos con Cuba (el llamado “diferendo”: el embargo económico, las “libretas de abastecimiento”, las leyes Torricelli y Helms-Burton, la introducción de Cuba en la lista de patrocinadores del terrorismo, etc.) y, lo que es más importante, cercenan cualquier horizonte de expectativa para aproximadamente 11 millones de cubanos dentro de ese archipiélago. Asimismo, con el retorno de las armas nucleares al escenario geopolítico, ahora con una multiplicidad de actores destacable (Estados Unidos, Rusia, Israel, Corea del Norte, Irán, etc.), escudriñar en lo sucedido en 1962 puede erigirse como un punto de referencia para las nuevas

⁸ Gritos como “Nikita, mariquita, lo que se da no se quita” o “Fidel seguro, a los yankis dale duro” eran entonados por la “cubanía” en las calles de La Habana. En Carlos FRANQUI: *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981, p. 411.

⁹ Ada FERRER: *Cuba. An American history*, New York, Scribner, 2022.

¹⁰ Cabe destacar las purgas de líderes comunistas cercanos a Moscú como Aníbal Escalante del Partido Socialista Popular (PSP) o el discurso de Ernesto Che Guevara en el Encuentro de la Solidaridad Afroamericana, en Argel el 24 febrero de 1965, donde criticó abiertamente a las potencias que, según él, mantenían relaciones desiguales con los países subdesarrollados, refiriéndose implícitamente tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética. En Ernesto CHE GUEVARA: *Solidaridad e internacionalismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2018, pp. 72-91.

generaciones, que caminan bajo cielos despejados, sobre todo en Occidente, sin las sombras de los cerezos marchitos en las ciudades niponas bombardeadas en el verano de 1945.¹¹

Definitivamente, a través de esta obra, Plokhy ilustra que la disciplina histórica rompe de forma tajante con los prejuicios tradicionales sobre el oficio del historiador, demostrando que la historia no es una mera acumulación de acontecimientos pretéritos, sino una disciplina dinámica, en constante evolución y con un profundo compromiso con el futuro, una categoría temporal que requiere de la proyección social de los profesionales, pues tan solo con su lente podremos anticipar los retos y oportunidades que nos aguardan y apaciguar el desasosiego ante la “embargadora sensación de un mundo en moción perpetua”.¹²

¹¹ Tamiki HARA: *Flores de verano*, Madrid, Editorial Impedimenta, 2011.

¹² Edward H. CARR: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Editorial Ariel, 1973, p. 211.